

Esto no obstante, es cierto que desde otros puntos de vista Carlomagno sacrificó muy imprudentemente el porvenir de la sociedad civil á la casta eclesiástica, asegurando la inamovilidad de los bienes dados á la Iglesia: la mano muerta entregada á los monasterios había de ser con el tiempo una concesión mucho más peligrosa que el reconocimiento del poder temporal de los papas. Mientras los frailes, salidos del pueblo, se vieron obligados á trabajar al lado de las gentes del común roturando el suelo con los roturadores, continuaron participando de la vida nacional; pero en cuanto, por el diezmo y la posesión intangible de las tierras, constituyeron una clase aparte, se convirtieron forzosamente en opresores¹.

Lleno de confianza en su representación de hombre providencial, Carlomagno no buscaba en la Iglesia más que los medios inmediatos que le parecían necesarios para consolidar su imperio. La unidad de la fe había sido uno de esos medios contra las tribus alemanas, y quiso también servirse de ella contra los Aquitanos y otros pueblos del Mediodía de las Galias: Carlomagno y sus predecesores Carlos Martel y Pepino el Breve eran los vengadores de los hijos de Chlodowig, y los Francos que el emperador enviaba como dueños á las comarcas meridionales saciaban en ellas los antiguos odios de sus antepasados, expulsados en otro tiempo de las cuencas del Aude y del Garona. Las gentes del Mediodía se distinguían de las del Norte de las Galias por una apariencia menos inculta, un lenguaje más elegante, costumbres más refinadas, formas religiosas menos estrechas y sobre todo por su espíritu de fiera independencia, y eso precisamente era lo que el rey de los Francos quería destruir: no de otra manera se explica su encarnizamiento contra las «herejías» del Mediodía. El personaje representativo de los Meridionales era á la sazón Félix, el obispo de Urgel, que veía en Cristo el «hijo del Hombre» tanto como el «hijo de Dios», y se negaba enérgicamente á ver en María la «madre de Dios», la Intermediaria y Dispensadora Universal; siendo él mismo sacerdote, no creía en la superioridad esencial de los sacerdotes y decía á los fieles que no se confesasen sino á Dios. Naturalmente, Carlomagno se

¹ Victor Arnould, *Histoire Sociale de l'Eglise*, «Société Nouvelle», Noviembre 1896.

irritó contra esas concepciones libertarias que hubieran sustraído á la regla común millones de sus súbditos; como verdadero papa, convocó los concilios, obligó á los obispos y al mismo papa á condenar á Félix, y lanzó contra sus partidarios la furia de los frailes benedictinos de Aniano,

que habían confederado todos sus conventos en una misma rigurosa observancia, unida al trono por un pacto de absoluta devoción. En su celo de propaganda religiosa, que en realidad no era sino el culto de su propio poder, Carlomagno hizo construir más de mil iglesias sobre las dos vertientes de los Pirineos, edificios todos consagrados á la Virgen, patrona de las órdenes monásticas. Uno de los numerosos conventos que hizo edificar, el de San Volusiano, cerca de la roca de Foix, fué encargado de vigi-



SAN PEDRO ENTREGANDO Á CARLOMAGNO EL ESTANDARTE DE LA CIUDAD DE ROMA Y EL PALIO AL PAPA LEÓN III

(Mosaico conservado en el triclinium de San Juan de Letrán (Roma), según la pintura de Massuero).

lar especialmente la diócesis de Urgel, donde Félix había residido como obispo. Tal es el origen de la intervención que el condado de Foix ha tenido siempre desde entonces sobre los habitantes de Andorra, constituidos en república durante el reinado de Luis el Pacífico¹.

El inmenso imperio de Carlomagno, adquirido en parte por la matanza y retenido en su integridad por una política sabia, no por la voluntad de las poblaciones, había necesariamente de fragmen-

¹ Nap. Peyrat, *Les Réformateurs au XII^e siècle*.

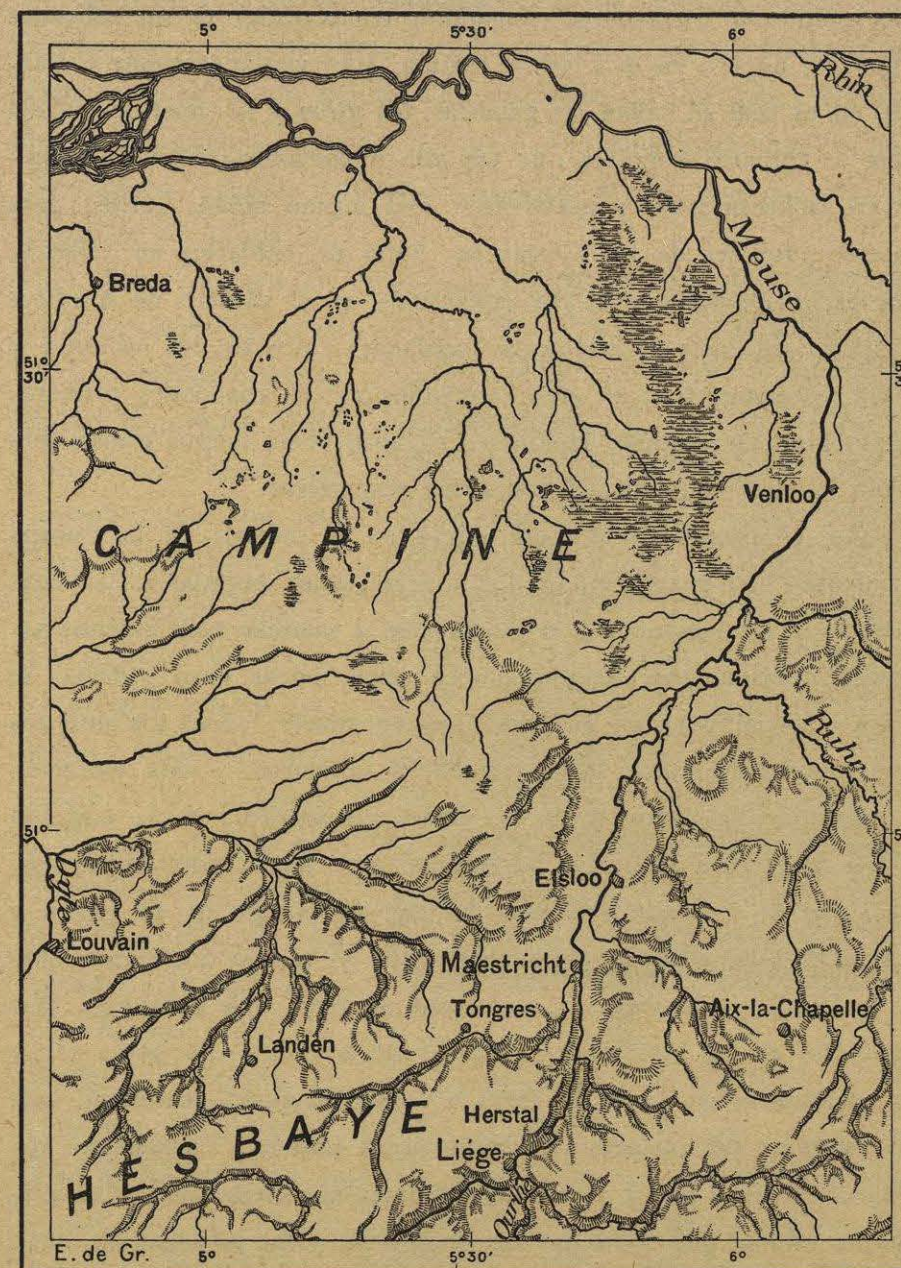
tarse en cuanto se helase la fuerte mano del fundador. Todo se dislocó, pero las diversas naciones que se hallaban yuxtapuestas ó confundidas en el vasto caos, desconocidas de los políticos de la época y hacia las cuales no tenían ningún respeto, tendieron espontáneamente á dividirse, en el momento de la partición, según sus lenguas, sus costumbres y sus afinidades naturales: del mismo modo, antes que las hojas broten y se desarrollen fuera de la yema que les contiene, pueden adivinarse en la masa aparentemente uniforme de dónde han de salir. Así uno de los reinos que se formó de la ruina del imperio se compuso de las comarcas de Germania situadas al otro lado del Rin; otro reino comprendió toda la Galia del Norte, entre el Mosa, el Ródano, el Loira y el Océano; al Sud se reconstituyó Aquitania como reino independiente, y, del otro lado de los Alpes, Italia tomó una existencia separada. Sólo para rendir homenaje al título de emperador que llevaba el primogénito de Luis el Pacífico, Lotario, rey de Italia, se le hubieron de atribuir también las tierras patrimoniales, es decir, los bosques austrasianos, hacia la Holanda y la Frisia. Pero ¿cómo unir Roma, la capital oficial del Imperio, á Aix-la-Chapelle, metrópoli de Austrasia? Fué necesario cortar á través de llanuras y montañas una banda de territorio compuesto de Saboya, Suiza, el Jura y los Vosgos, y naturalmente, esa creación artificial de un Estado así alargado, formado de fragmentos disconformes pertenecientes á regiones geográficas absolutamente distintas no podía conservarse sino por incesantes guerras.

Sólo las dos extremidades de la parte que correspondió á Lotario eran viables, las que correspondían á la agrupación normal de las poblaciones, de un lado Italia, del otro la «Lotaringia» propiamente dicha, Lorena, núcleo primitivo de esas comarcas de entre Galia y Germania, que encontraron después su expresión política en la nación bilingüe de los Belgas, Walones y Flamencos¹.

En 843, el tratado de Verdun consagró la división del Imperio carolingio; debiendo su importancia capital en la historia á la formación consciente de dos nacionalidades bien distintas, Alemania y

¹ H. Pirenne, *Histoire de Belgique*.

N.º 293. Tierras patrimoniales de los Carlovingios.



1: 1 000 000

0 10 25 50 Kil.

A las ciudades de Landen, Herstal y Jupille, sobre la orilla derecha del Mosa, frente á Herstal, y Aix-la-Chapelle, se une el recuerdo de los Pepino, de Carlos Martel y de Carlomagno. Tongres, cuyo nombre es idéntico á Thuringe (Cam. Huysmans), es la antigua Aduatic romana. Elsloo y Lovaina recuerdan la invasión normanda (véase después).

la Galia: esta última puede llamarse «Francia» desde mediado del siglo IX, porque un documento del año 833 emplea ya esa pala-

bra¹; y la lengua en que Luis el Germánico se dirigió al ejército neustrio reunido en Estrasburgo, tomándole como testigo de sus solemnes empeños, no era ya el «latín» rústico, sino verdaderamente el francés, en el cual se hallan las palabras, los giros y la construcción del claro y hermoso lenguaje que tan alta importancia había de adquirir en la historia del pensamiento. Del mismo modo, Carlos, para hacerse entender de los Germanos, hubo de hablarles en tudesco, que es el idioma que se ha convertido en el alemán de nuestros días. El contraste se establecía claramente entre las dos naciones y había de aumentarse de siglo en siglo por el abandono, primeramente gradual, después completo, del latín como lengua transmisora y por el desarrollo de las literaturas respectivas.

Así se preparaba una era nueva en la historia de la Europa occidental, del mismo modo que los lenguajes populares, las costumbres y las condiciones políticas iban á cambiar bajo muchos aspectos. Carlomagno, aunque muerto hacía pocos años todavía, se había convertido ya en un personaje legendario; como los antiguos emperadores de Roma, había tenido su apoteosis, y esta elevación al rango de los santos y de los dioses no procedía de la multitud de los sacerdotes ni de los cortesanos, sino de las poblaciones mismas, que se hallaban aún poseídas por el vértigo de su gloria y comparaban la majestad de su poder con el rápido derrumbamiento de la familia carlovingia. La sociedad moderna, que procuraba desprenderse de las atrocidades bárbaras de la época, no podía tratar de constituirse sin darse un ideal, y, como siempre, este ideal, imagen radiante del porvenir, se tomó en el pasado: Carlomagno divinizado llegó á ser el centro de innumerables narraciones y novelas que se referían por todas partes, aunque el héroe principal de todas ellas fuese un personaje casi desconocido de la historia oficial. El valeroso Rolando, ignorado de las crónicas, quedó, durante muchos siglos, siendo el tipo por excelencia de todas las virtudes que constituyen el leal y cortés caballero, y su gloria no palideció hasta después de haber sido cantada por un gran poeta; pero ese poeta delicioso, Ariosto, no tomaba al personaje en serio, no penetraba ya el genio del pueblo que había dado vida á Rolando.

¹ L. von Ranke, *Weltgeschichte*, sechster Theil, erste Abtheilung, p. 93.

En Francia se desarrolló casi exclusivamente el ciclo literario de Carlomagno y de sus adalides, siendo un testimonio más de este hecho, que en su conjunto, el reino de Carlomagno representó principalmente el reflujó del mundo latinizado de las Galias contra la barbarie germánica, todavía entregada á la sangrienta epopeya de los Nibelungos, aquellas feroces divinidades de los infiernos, de cuyo poder no se escapa nadie.

Pero también en el Norte de Alemania el dios Carlomagno transfiguró el antiguo Wotan, y el personaje de Rolando tomó un relieve extraordinario en las mitologías locales. Las columnas de *Irmin*, recordando á la vez Hermann ó Arminio, el vencedor de los Romanos, y Donar, el dios del Trueno, fueron consagrados á Rolando, la misma divinidad bajo otro nombre, reemplazando únicamente la maza por una espada¹.



ROLANDO Y ROGER

Bajos-relieves sobre la puerta de la catedral de Verona.

Esas columnas ó «Rolandos» se elevaron casi por todas partes en medio del mercado en las grandes ciudades de la antigua Sajonia, y se consagraron iglesias á San Pedro, otro heredero del dios tonante.

Paralelamente al ciclo de Carlomagno nacía en la Gran Bretaña y hasta en Francia el ciclo de Arthur, que simboliza en realidad, no un rey vencedor, sino una nacionalidad vencida, la de los Galos, de los Escoceses, de los Bretones. A pesar de los Angles y

¹ Paul Platen. Alfr. Kirchhoff, *Mitteilungen des Vereins für Erdkunde zu Halle*, 1900, página 97.

los Jutes, de Germania, el pueblo oprimido de los Celtas se erigía en la persona de Arthur y se convertía también en el modelo de toda caballerosidad, en el ideal de toda virtud, en el héroe de una cruzada de justicia y de bondad mucho más bello que las clásicas cruzadas contra los Sarracenos.

Pero en aquella época, todos, á excepción de algunos místicos, soñaban violencias y guerras; hasta los mejores, aquellos que tenían la ambición de morir por una buena causa, no podían imaginarse una sociedad de paz en la que la acción se ejercería únicamente por la dulzura de la enseñanza y el celo de la propaganda. Por todas partes surgían agresiones entre cristianos y sarracenos, entre pretendidos civilizados é invasores bárbaros. Las comarcas más pacíficas eran las regiones extremas del Oeste, situadas precisamente fuera del camino de las invasiones y de las guerras, la Bretaña y las Gales, es decir, los dos países de rocas y de montañas, donde, gracias á la independencia relativa de las poblaciones, había podido nacer la literatura vengadora de la raza céltica, representada por los personajes de Arthur y de Merlin. En cuanto á Irlanda, ésta debió también á su aislamiento en un mar alejado del continente las ventajas de la paz. No habiendo sido conquistada por los Romanos ni por ninguno de los pueblos emigrantes que derribaron el imperio, la «Isla de Esmeralda» conservó en las costumbres de sus diferentes grupos étnicos una singular originalidad, viéndose en ella los más admirables contrastes de cultura y de salvajismo primitivo.

El destino de Irlanda se lee en la forma geográfica de su territorio. Considerada solamente en sus contornos y no en su relieve, al primer golpe de vista la isla parece constituir un conjunto orgánico de una gran unidad. El cuadrilátero casi regular de las orillas podría inclinar á la suposición de que la masa insular está bien ponderada en su arquitectura general y presenta de Norte á Sud un territorio favorable al desarrollo normal de una sociedad política; pero no es así: Irlanda es en realidad, no una isla, sino un archipiélago: una ancha llanura media, que se desarrolla de Este á Oeste, desde la bahía de Dublin á la de Galway, corta el territo-

rio en dos mitades, que antiguamente se comunicaban con dificultad, á causa de los lagos, de los pantanos y de las turberas que ocupaban todas las partes bajas. Esta llanura, cuya más alta arista no pasa de 75 metros, se ramifica al Norte y al Sud por otras depresiones que forman otros tantos estrechos entre los macizos que se elevan á varios centenares y hasta un millar de metros. Hay turberas, pantanos y lagos que dificultan mucho el acceso de esos diversos grupos montañosos, con tanto mayor motivo cuanto que esos extensos espacios intermediarios permanecen por completo deshabitados: hay como gradas que separan los diversos distritos de población, que las vicisitudes de la historia acercaron ó alejaron. Las



PIEZA DE AJEDREZ

PRESENTE DE HARUN-AL-RACHID Á CARLOMAGNO

fronteras de esos distritos cambiaron frecuentemente durante las guerras de la época feudal, mas puede decirse que, en su conjunto, los cuatro antiguos Estados convertidos ahora en provincias, Connaught, Munster, Ulster y Leinster, lo mismo que Meath, simple condado, corresponden bastante bien á las divisiones naturales del territorio insular: cada uno